

**EVITA Y CRISTINA,
NOS ADVIERTEN SOBRE
EL CAMINO Y EL TRABAJO
FUNDAMENTAL**

**CRISTINA FERNÁNDEZ DE
KIRCHNER**

Militante peronista

EL CAMINO:

**El camino siempre es el de las ideas;
el camino es el de estudiar y saber cada vez más;
el camino es el de prepararse y capacitarse más
que todos;
el camino es estudiar;
el camino es ayudar al que está al lado, tenderle
la mano al que tiene problemas.**

**Es más, explicarle al que todavía no entiende o
al que todavía te insulta.**

**Tené mucha paciencia. Tené mucha paciencia.
Y cuando pare de insultarte volvé a explicarle de
vuelta**

**--cómo es esta historia de la economía,
--cómo es esta historia de la inclusión,**

**--cómo es esta historia del poder adquisitivo de los salarios,
--cómo es esta historia de la salud y la educación para todos,
--Cómo fue la historia del Conectar Igualdad.**

**--Cómo fue la historia de las universidades públicas en el conurbano bonaerense,
--Cómo fue la historia de la inclusión de nuestros jubilados,
--del PAMI cuando daba remedios gratis a nuestros jubilados.
--Cómo es la historia de 19 vacunas gratuitas y obligatorias.**

Ésta es la historia que tenés que contar

**--sin enojarte,
--sin pelearte,
--con inteligencia,
porque tenemos la razón.**

Y la razón más tarde o más temprano siempre gana, siempre vence.

(Cristina Fernández de Kirchner, militante peronista, Quilmes, 13 de octubre de 2016)

**porque
LA PATRIA ES EL OTRO
y
EL AMOR SIEMPRE VENCE AL ODIO.**

EVITA Y EL PUEBLO

NUESTRO TRABAJO FUNDAMENTAL

27 de marzo de 1951

en el acto clausura de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social

Llegué hasta aquí casi como quien va a hacer un alto en su camino y en este alto de mi vida fatigada, llena de afanes y de anhelos, de luchas y de ardores, de incesante quehacer, en este alto que fueron dos semanas que llené en una tarea distinta para mí, pero que ahora siento tan fecunda como la que ocupa habitualmente todos mis días. Yo he visto deslizarse ante mí las inquietudes y los afanes de todos los señores delegados. Confieso que he mirado con mis propios cristales y he de decir ahora todo cuanto he visto con ellos.

Mis cristales --los cristales que me sirven para ver la vida, los hombres, las cosas, el pasado, el presente y el porvenir-- son los mismos que me sirven para mirar en la lucha de todos los días los dolores, las alegrías, las necesidades, las angustias, las esperanzas y aún las ilusiones de mi pueblo: ¡son mis cristales de mujer, de peronista y de argentina!

Hablar de otra manera sería una formalidad para mí inútil, y en lo íntimo de mi conciencia me sentiría responsable de haber cometido aquí mi primer acto de deslealtad y de hipocresía.

Los señores delegados que han sabido perdonar en estos días tantas cosas a esta humilde mujer del pueblo argentino, sabrán disculparme esta última falta de formalidad. Pero yo pienso que tal vez los pueblos del mundo serían más felices si los hombres, en sus reuniones internacionales, hubiesen abandonado alguna vez, o aún muchas veces, los caminos habituales para hablarse francamente entre sí, sin formalidades ni reglamentaciones que cierran el camino del corazón, que es, por lo menos, la mitad del camino del hombre. De esta manera yo también estoy defendiendo ya la forma en que actuarán las mujeres en el mundo futuro. En las organizaciones nacionales e internacionales del porvenir, tendrá que haber un lugar, y acaso el más prominente, para las palabras que quiera decir el corazón, ¡Y esas palabras estarán, precisamente, a cargo de las mujeres!

En estos días, el tema preferido de mis meditaciones ha sido el derivado de nuestro afán común.

Muchas y diversas preguntas han venido frecuentemente a golpear con fuerza sobre mi corazón, y entre mi corazón y mi inteligencia han tratado de preparar, en la medida de mis posibilidades, una respuesta que quiere ser justa y que yo ofrezco a los señores delegados, hermanos de América, como mi modesta

contribución a la felicidad de nuestros pueblos; modesta contribución que no tiene otro valor que el de provenir de una mujer que quiere a su pueblo, que trabaja con su pueblo porque siempre ha vivido con su pueblo, y que quiere tener como suprema aspiración de su existencia la gloria de dar la vida por su pueblo.

Me he preguntado, por ejemplo, cuál era la verdadera causa de todos nuestros afanes y trabajos. Y he sentido vibrar, majestuosamente, en esta asamblea, una respuesta clara y terminante; la verdadera y única causa de todos nuestros esfuerzos y nuestros afanes es el pueblo.

Esta respuesta me ha llevado a meditar en el sentido de la palabra pueblo, que nosotros pronunciamos tan ligeramente unos, tan fervorosamente otros..., pero cuyo real significado tal vez no sea todavía igual para todos.

Yo quiero decir aquí cómo siente el pueblo y lo que cree que es el pueblo una mujer argentina y peronista.

En otras épocas de mi vida, cuando empezaba a inquietarme el viejo problema de los pobres y de los ricos, incluso llegué a creer que podían ser verdaderas algunas de las concepciones que confunden pueblo con clase, pueblo con proletariado o pueblo con raza, con plebe, con turba, con multitud o con masa. Confieso, sin embargo, que nunca me pareció que esas concepciones hiciesen justicia al verdadero pueblo.

Sentía que el pueblo era otra cosa, porque yo era pueblo y no me sentía ubicada en ninguna de esas categorías. Después de estos años de luchas y de afanes por la causa del pueblo, yo creo que ahora puedo definir exactamente lo que es el pueblo, porque no sólo he trabajado por él, sino que he vivido con él y mi corazón forma con él una unidad absoluta que nada ni nadie, ni la muerte, podrá quebrar, porque yo también creo que el amor vence a la muerte.

A la luz de ese amor que siento por mi pueblo, porque he comprendido la doctrina de Perón, que se funda sustancialmente en ese mismo amor, creo que me será posible definir lo que es verdaderamente el pueblo.

El pueblo no es una clase social. Este sería un simple concepto económico. No se puede decir, por ejemplo, que sea la clase de los pobres. El pueblo mismo sabe que aunque en su seno la pobreza es lo habitual, no todos son pobres en el pueblo...; y que así como hay ricos, aunque muy pocos, que lo integran, por ser sus amigos y por ser solidarios con él, ricos que no se sienten ni superiores ni privilegiados, hay también pobres que por su ambición, por su vanidad, su orgullo y su egoísmo merecen estar fuera del pueblo porque desprecian a los hombres y mujeres humildes que lo constituyen.

Tampoco es pueblo la clase proletaria de Marx, ni son la bajas esferas de la humanidad, como él afirma. Ni siquiera puede decirse que sea el pueblo la enorme multitud humana. Ni es tampoco la raza, como creyeron los totalitarismos de la década pasada con criterio casi animal.

Nosotros, siguiendo la doctrina de Perón, sostenemos que el pueblo es lo que el pueblo siente que es.

Esto, a primera vista, parece una perogrullada o una cosa carente de sentido. Y, sin embargo, yo he de probar que es una absoluta, profunda e indiscutible verdad.

El pueblo no se siente clase, ni se siente plebe, ni se siente proletariado, ni se siente raza. El pueblo se siente algo que tal vez no se pueda decir nunca con una sola palabra, sino repitiendo la palabra pueblo, que yo trataré de explicar con las mías, con las mismas palabras que tal vez dijera el mismo pueblo si pudiera hablar esa gran conciencia que es su alma inmensa y maravillosa. El pueblo se siente en primer lugar una gran comunidad de no privilegiados.

Pero no solamente eso. El pueblo se siente también como una gran unidad constituida por hombres y mujeres cuya primera función es vivir y para eso trabajar; vivir en el sufrimiento y casi siempre en la pobreza, ayudándose unos a otros a sufrir y a gozar, a vivir y a morir. El concepto de la solidaridad, de la fraternidad, de la igualdad y del amor son inseparables del concepto de pueblo. El pueblo se siente, asimismo, una unidad enorme y anónima de hombres y mujeres con una tarea y un destino humano, destino que cada uno cumple en este mundo de la mejor manera posible con la ayuda de todos, pero exigiendo de todos el mínimo de libertad necesaria para cumplir con el propio destino.

El pueblo siente y sabe que está constituido por todos los trabajadores, pero siente que también lo integran sus mujeres, sus niños y sus ancianos, y que también forman parte de él todos aquellos que, sin ser trabajadores manuales, se sienten solidarios con ellos y se deciden a vivir con ellos la vida como quiera que venga, con sus grandes dolores y sus pequeñas alegrías.

El pueblo siente que tiene un pasado y tiene conciencia de él: es la historia de todos los sufrimientos, de todos los esfuerzos y de todos los sacrificios ignorados que han hecho los hombres y mujeres de todos los tiempos en el afán de construir una humanidad mejor.

Marx hizo del pueblo solamente una clase: el proletariado. Para él el pueblo es también un concepto económico. Y eso es lógico. Fundado en el crudo y asfixiante materialismo de su doctrina, Marx no pudo ver en el pueblo otra cosa que valores económicos. La historia está pagando a Marx el salario que él no cobró en su vida: ¡sobre los hombres del proletariado el comunismo apoya el aplastante poder de su dictadura económica!

Para nosotros el pueblo no es solamente un concepto económico. La doctrina de Perón establece que el pueblo es una unidad social, económica, y política de fundamento moral. Por eso hemos creado una conciencia social de nuestra tierra... para que nuestra comunidad tenga personalidad. Y para que tenga conciencia social y personalidad ha luchado Perón por hacer de nuestro pueblo una comunidad organizada a fin de que en lo sucesivo cualquiera sea el que

mande en esta tierra no pueda hacer sino lo que el pueblo quiera, ni pueda defender otro interés que no sea el del mismo pueblo.

El pueblo --comunidad organizada de hombres, con personalidad y conciencia social-- es el gran objetivo de nuestros afanes de seguridad social.

Cuando nosotros hayamos conseguido inculcar a los hombres del mundo la gran idea Justicialista de la Comunidad Organizada no habrá necesidad de Conferencias para estudiar problemas de seguridad social, porque el pueblo tendrá en sí mismo sus propias defensas contra todo riesgo, empezando por los riesgos habituales y comunes de la vida diaria y terminando con el gran riesgo inhumano, fatídico y tremendo de la guerra.

Nuestro gran trabajo, nuestro trabajo fundamental está en convertir a cada hombre y a cada mujer en pueblo, o sea, darle a cada uno conciencia de su destino social, conciencia solidaria pero no agresiva; hacer entender a todos lo que Perón nos ha hecho entender a los argentinos: que no estamos solos, que al lado de cada uno de nosotros está todo el país, primero, y todo el mundo, después; y que el mundo entero necesita de cada uno de nosotros como si al mundo no le fuese posible cumplir con su destino sin nuestro apoyo, nuestro esfuerzo, nuestro amor y nuestro sacrificio.

Nuestra gran tarea en pro de la seguridad social será incorporar a todo hombre y a toda mujer a la organización del pueblo cuya columna vertebral es la organización de los trabajadores. Por eso los peronistas decimos siempre que no entendemos el Justicialismo sin el Sindicalismo, del modo que no entendemos el Sindicalismo sin el Justicialismo.

Todo esto es fundamental. De nada nos valdrían los perfectos sistemas técnicos de la seguridad social si no tuviésemos un pueblo que proteger. La seguridad social debe desempeñar, en relación con los pueblos, la misma función que cumplimos las mujeres en relación con los niños: les enseñamos a vivir pero después les dejamos que vivan solos. ¡Que cumplan ellos su propio destino!

Hasta ahora hemos luchado por crear cierto grado de seguridad social, pero, haciendo un análisis más sincero, es fácil darse cuenta que nunca como hoy el hombre se ha sentido tan inseguro.

Es que las masas, en general, todavía no han adquirido plena conciencia social, no tienen plena personalidad y no han consolidado su organización. Todavía no constituyen en todo el mundo una fuerza capaz de vivir sola.

Todo lo que hemos hecho hasta aquí, cuando sea contemplado por los pueblos, los verdaderos pueblos, desde un futuro muy cercano sin duda, parecerá muy poca cosa, quizá, porque hemos luchado por la pequeña seguridad que cubre los riesgos comunes de la vida, pero hemos hecho muy poco que asegure a la humanidad contra el gran riesgo que sería perder la misma vida.

Para cubrir ese riesgo formidable que nos amenaza, es urgente darle formas al sentir verdadero de los pueblos, creando en ellos la conciencia social y la personalidad que solamente se consigue con su organización.

Yo he dicho muchas veces, repitiendo una antigua enseñanza de Perón: 'esta es la hora de los pueblos'; porque creo firmemente que sólo cuando el pueblo adquiriera aquella plena personalidad por la más amplia organización; solamente cuando ese día llegue el hombre --la plenitud de hombre en sus excelsos géneros de varón y de mujer-- podrá desarrollarse totalmente, vivir en paz y sentirse seguro de su presente y de su porvenir.

Muchas veces, en torno de este tema y en relación con la felicidad y la seguridad social, he oído decir que la causa del capitalismo y de la explotación del hombre por el dinero, así como la causa del comunismo y de la explotación del hombre por el Estado, resultaron de la aparición de la industria en el mundo civilizado.

Yo no he entrado nunca a considerar las complicadas razones económicas y sociales que aducen los defensores de aquella teoría, pero muchas veces he pensado --y más que pensado he sentido-- que no debe ser una teoría verdadera.

¿Cómo es posible que el progreso industrial, que significa un paso más del hombre hacia adelante en el camino de su bienestar, le cause en definitiva un perjuicio?

¿No será más justo pensar que hay otros factores que intervienen en el problema?

Estas preguntas han sido algunas veces motivo de mis conversaciones con el general Perón, y él me ha hecho comprender que no es la industria la causa del capitalismo, sino que es más bien el capitalismo la causa de los males que han crecido con la industria.

Los capitalistas creyeron que la industria era para ellos y no para el hombre, o sea, para el mundo.

Allí está el grave y profundo error.

Los capitalistas aprovecharon la ocasión que les brindaban en el mundo el progreso industrial, por una parte, y, por otra, una masa de hombres sin conciencia social, sin personalidad social y sin organización social. ¡Una masa de hombres que se dejó explotar un siglo y medio por un núcleo reducido de capitalistas cada vez más poderosos! Ahora las cosas son distintas.

En siglo y medio de explotación ha terminado por despertar en el mundo el alma de los pueblos.

Primero, fueron gritos aislados de grupos pequeños; después, una protesta firme de algunas organizaciones reducidas; más tarde, fue la enorme reacción desorientada pero estéril del comunismo.

Ahora llega el momento final de la reacción organizada: estamos ya en el día de los pueblos.

Aquí yo debo poner como ejemplo la obra realizada por el Justicialismo de Perón.

Perón advirtió, antes que nadie, que en el mundo estaba por iniciarse una etapa distinta como si Dios estuviese cansado de las cosas viejas y de los viejos métodos que casi han echado a perder definitivamente su obra de creador de la humanidad. ¡Tal vez estuvo por repetirse en nuestros días aquel momento tremendo en que Dios se arrepintió de haber creado al hombre!

El Justicialismo de Perón echa las bases de un mundo nuevo en cuyo seno todo sirva al hombre, incluso las fuerzas que, como la energía atómica, han servido hasta hoy solamente para crear el dolor y la miseria de los pueblos.

Para que esto no sea una ilusión más de hombres y mujeres idealistas y para que este gran ideal no pase con Perón, él ha creado en su doctrina un nuevo concepto de pueblo y lo ha realizado: un nuevo concepto que yo me permito exponer como conclusión de mis palabras, diciendo que es la gran comunidad de hombres con una clara conciencia social de sus destinos humanos y con una personalidad organizada para defender todos sus derechos y hacerlos valer con su fuerza ante el poder de las fuerzas opresoras económicas, sociales y políticas que quieran someterlas y explotarla.

Hasta aquí hemos hablado mucho --tal vez demasiado-- de los derechos del hombre y de la humanidad; pero los derechos del hombre y de la humanidad, como los derechos del trabajador, como cualquier otro derecho, no son reales ni son realizados sino cuando se crea la fuerza que los defiende y que los construye.

Para que los derechos del hombre sean realidad en el mundo del futuro, es necesario que vayamos creando la fuerza necesaria para imponerlos y para sostenerlos; y esa fuerza no puede estar ni en los gobiernos, ni en los estados, ni en las organizaciones internacionales; esa fuerza está en los pueblos cuya edad inaugura el Justicialismo de Perón.

Cuando los hombres y mujeres de todos los países, con clara conciencia social, hayan integrado la personalidad organizada de cada pueblo en cada país de la tierra, los ideales de la seguridad social se habrán cumplido totalmente. Para que los hombres constituyan ese ideal de pueblo, es decir, para que el pueblo deje de ser un sentimiento colectivo y pase a ser la realidad viviente de una comunidad organizada, es necesario que todos los que tenemos alguna vocación de fraternidad, de amor, de solidaridad humana, nos larguemos a la empresa sin ninguna reserva.

Solamente viviendo y sufriendo con el pueblo se puede realizar aquella enorme tarea. Pero bien vale la pena quemar la vida si el fruto será la paz del mundo y su felicidad, aunque ese fruto madure tal vez cuando nosotros hayamos desaparecido.

Todas estas cosas han sido el tema de mis meditaciones durante estos días felices que he vivido en esta Tercera Conferencia Interamericana de Seguridad Social, En esta hora definitiva de partir yo he querido exponerles como mi última, sincera y honrada colaboración a la causa común.

Tengo la ambición de haber interpretado así el pensamiento de todos los señores delegados.

Ahora viene tiempo de realizar.

Yo siempre llevo conmigo una Doctrina Peronista, sobre cuya primera página el general Perón estampó un día una dedicatoria, que es toda la explicación de mi vida.

La dedicatoria sólo dice dos palabras: 'A realizarla'. Ese debe ser nuestro lema común. Todo cuanto hemos dicho y resuelto es menester que sea realizado íntegramente, lealmente y honradamente.

Para eso, para cumplir con nuestro primer objetivo, que es trabajar por el bien del pueblo, es necesario que aceptemos en forma decisiva e irrevocable vivir con él, sufriendo con él, pensando con él, sintiendo con él y gozando con él para terminar, si es necesario, muriendo por su causa, que por ser la causa del hombre, debe ser una causa divina.

Yo regreso ahora, como todos los señores delegados, a mi tarea de todos los días. No sería sincera si yo no dijese aquí que en estos días he confirmado mi decisión ya irrevocable de continuar por el camino que he trazado para mi vida. ¡Mi penoso pero alegre camino! Y estoy segura que debo seguir por él como hasta ahora, pero todavía con más amor, con más fe, con más entusiasmo y aún con más fanatismo.

Hasta hoy he seguido ese camino, el del pueblo; primero, porque Perón me enseñó que ése era el único que le quedaba a la humanidad, y, en segundo lugar, porque yo tengo con el pueblo una deuda tan grande de gratitud que solamente puede saldarse quemando la vida como una llama de amor en sus altares.

Fuera del camino del pueblo, todo es teoría y palabras.

Creo que el ideal está bien trazado. Ahora sólo resta hacer con él lo único que vale: "realizarlo".

